

tradición, <sup>(1)</sup> á los consejos evangélicos, <sup>(2)</sup> al culto de los ángeles y de los santos, <sup>(3)</sup> al Primado, <sup>(4)</sup> al sacrificio, <sup>(5)</sup> á los Sacramentos, <sup>(6)</sup> lo mismo se encuentra en los más antiguos Santos Padres que en la Iglesia católica; y no vacilan en confesar que la Iglesia católica actual estaba ya formada en el siglo II. <sup>(7)</sup> Pretenden casi con orgullo que el Protestantismo era una nueva forma del Cristianismo, <sup>(8)</sup> que le falta el lazo de unión con los tiempos apostólicos, <sup>(9)</sup> y que muchas doctrinas con relación á las cuales Lutero y los suyos han supuesto el derecho de separarse de la Iglesia, no están tan fundadas en la Sagrada Escritura como pudiera creerse. El Protestantismo—se complacen en decir ahora—es un hecho histórico, y como tal lleva en sí mismo su derecho. También existe de derecho por el hecho de su existencia y por la duración de la misma. Y porque existe ahora, y porque no es cuestión de saber si tiene derecho á la existencia, en adelante las cosas ya no son de tal suerte para él, que esté obligado á atenerse á todo punto de doctrina de sus fundadores, y á probar cada una de sus obligaciones por la Revelación. <sup>(10)</sup>

En verdad son estas confesiones que afligen, ya que, según esto, toda revolución entrañaría también su derecho. Pero también tienen su aspecto bueno, por cuanto nos permiten pronunciarnos sin temor sobre el origen y naturaleza de la Reforma. De aquí que digamos: Trabajo perdido es el querer comprenderla, si, como ha ocurrido otras veces, se toman sucesivamente sus principios y de ellos se hace derivar todo el resto. Imposible es así abordar al Proteo que ha producido. ¡Es que, en el seno del

(1) Holtzmann (Hertzog, XVI, 283).

(2) Hase, *Pol.*, (3) 278.

(3) Boehmer (Hertzog, IV, 31). Hase, *ibid.*, (3), 313.

(4) Steitz (Hertzog, XIII, 581).

(5) Hase, *Polemik*, (3) 431.

(6) Schenkel (Hertzog, VII, 564).

(7) Kæstlin, (*ibid.*, XX, 442).

(8) Hase, *Polemik*, (3) 3, 13.

(9) *Ibid.*, 2.

(10) Hase, *loc. cit.* Schenkel (Hertzog, XII, 252 y sig.).

Protestantismo, no niega el uno lo que el otro cree con la más firme fe? ¡Es que muchos, desde lo alto de la cátedra, no enseñan cosas que, como dice Suzo, se deslizan como una anguila, cuando tratamos de conocer sus convicciones personales? Á pesar de esto, cada uno de ellos se llama protestante, y lo es en efecto. De aquí que con razón haya dicho, sin ambages ni rodeos, uno de los más recientes defensores de la división de la Iglesia, que la moderna teología protestante se aparta más de Lutero que de la doctrina católica, y que muchos protestantes deben únicamente á Lutero el poder admitir lo contrario de lo que éste enseñó. <sup>(1)</sup> Pero hay un punto que nos permite abarcarlos á todos y atacar de corazón todas sus opiniones. Desde que tocamos un punto de doctrina relacionado con la unión de lo natural con lo sobrenatural, los tenemos á todos enfrente como adversarios, y todos nos confiesan que les hiere esta manera de ver. La negación de ese principio, en el cual hemos reconocido el pensamiento fundamental del Cristianismo, es en realidad el punto de vista común y esencial de todas las tendencias protestantes, con la única diferencia, que los luteranos han realizado esta separación de un modo menos categórico que los reformados. <sup>(2)</sup>

Así se explica esa particular predilección por las expresiones odiosas y por los juicios conminatorios contra los principios cristianos que expresan del modo más claro la unión supuesta entre lo divino y lo humano, lo espiritual y lo corporal, lo natural y sobrenatural.

La doctrina cristiana sobre los Sacramentos—dicen—no es más que brujería, magia, teurgia, materialización de lo espiritual y divino. El culto de los santos y la misa, son calificados de culto idolátrico. En la unión de la naturaleza y de la gracia, ven el dualismo, una ruptura desastrosa, un sacrificio de la libertad humana. El principio de que

(1) Wendt, *Symbolik*, I, *Vorrede*, p. VI, It. Kahnis en Hettinger, *Die Krisis des Christenthums*, 131.

(2) Preger, *Gesch. der Lehre vom geistl. Amte*, 160 y sig.

el hombre, en su debilidad, puede hacer algo de sobrenaturalmente bueno, y más de lo que le es estrictamente ordenado, les parece una exageración, fanatismo, justificación personal. Todos se escandalizan de la doctrina fundamental con la que el Cristianismo permanece en pie ó cae, y de donde surgen, como consecuencias inevitables, las doctrinas indicadas más arriba, á saber, el principio de fe de que, en Jesucristo, la divinidad y la humanidad, lo natural y lo sobrenatural, están unidos de la manera más íntima en una unión personal, esencial y natural. <sup>(1)</sup> Como los eutiquianos y los docetas, los unos casi hacen de la humanidad de Cristo un fantasma divino—recuérdese tan sólo la doctrina de la omnipresencia del cuerpo de Jesucristo;—los otros, y estos son hoy los más, se burlan del último resto de fe en la divinidad del Señor, y tratan de idolátrico el culto divino que se tributa á su cuerpo en la tierra; <sup>(2)</sup> y los pocos que todavía creen en el Dios-Hombre, dicen abiertamente, y piensan, que en el fondo sólo la doctrina nestoriana está conforme con la Biblia. <sup>(3)</sup> Ninguno toma la humanidad de Cristo tal como es, como la naturaleza humana unida, en unidad de vida inseparable, con la persona divina; ninguno,—decimos—aunque muchos quizás lo crean. De otro modo, preciso les sería aceptar nuestra doctrina sobre la Iglesia, sobre los Sacramentos y sobre todo lo que le está unido por modo indisoluble.

Puesto que, según ellos, una unión verdadera de lo visible con lo sobrenatural no parece posible, transforman á la Iglesia, en la cual reconocían los Santos Padres el cuerpo viviente y visible de Cristo, en una sociedad puramente invisible y puramente espiritual, ó como dice Schleiermacher, en una casa propia religiosa, <sup>(4)</sup> y los medios por

(1) Unio hypostatica, personalis, substantialis (non accidentalis), essentialis, physica (naturalis, distingase bien de la expresión eutiquiana: unio in natura); Thomassin, *Dogm. de Incarn.*, l. 3, c. 3. Monschein, *Dogm. de Incarn.*, n. 163 y sig. Schæzler, *Menschwerdung*, 67 y sig.

(2) Hertzog, *Real Encyclopædie*, (1) XII, 725.

(3) Hertzog, (1) XXI, 204, 213; XIX, 430 y sig.

(4) Schleiermacher, *Reden über die Religion an die Gebildeten unter ihren Verächtern*, 4. Rede (G. W. I, I, 353).

los cuales nos llega la gracia, en ciertos símbolos no necesarios y no esenciales para producir efectos exclusivamente internos. Para ellos, el bautismo de los niños no es más que una hermosa costumbre, <sup>(1)</sup> la continuación de las antiguas fórmulas dogmáticas, como se expresa Roethe, una mascarada grotesca, <sup>(2)</sup> y todo esfuerzo para mantener la pureza de la fe, una inquietud inútil. <sup>(3)</sup> Claro está que, para ellos, el sacerdocio es superfluo, una Iglesia externa y una vida eclesiástica sin valor alguno; la fe en una Iglesia universal, un pensamiento raro; <sup>(4)</sup> el fraccionamiento de una Iglesia en multitud de iglesias separadas, tan necesario <sup>(5)</sup> como la variedad de las obras divinas. <sup>(6)</sup> No es posible imaginar, cuando uno se coloca en su punto de vista, una autoridad humana investida de un mandato divino todopoderoso; y es pretensión incomprensible la exigencia de que un hombre pague sus deudas y salde sus obligaciones relativas á Dios con obras externas de penitencia, de humildad y de triunfos sobre sí mismo. Creer en la presencia del Señor en el Sacramento, debe parecer el colmo de la credulidad á hombres que distribuyen la Eucaristía pronunciando estas insípidas palabras: «Comed este pan. Que el espíritu de devoción difunda en vosotros sus mejores bendiciones. Bebed este vino; ninguna fuerza para la virtud reside en él;—¡ni siquiera esto!—pero esta fuerza está en vosotros, en la doctrina de Dios y en Dios.» <sup>(7)</sup>

Todo lo que la conciencia cristiana ha considerado siempre como obligaciones que no pueden ser separadas en su cumplimiento, todas las instituciones y formas de la vida, que sólo pueden prosperar, si se sostienen mutuamente la religión, la moral, la fe, el derecho, el Estado, la Iglesia,

(1) Hase, *Polemik*, (3) 361.

(2) Rothe, *Briefe*, II, 401 y sig. (*Hist. pol. Bl.*, 74, 263).

(3) Hase, *Polemik*, (3) 37.

(4) Schleiermacher, *loc. cit.*, 2. Rede (I, I, 205 y sig.).

(5) Rothe, *Ethik*, (2) V, 471 y sig.

(6) Schleiermacher, *loc. cit.*, 1. Rede, (I, I, 146).

(7) Jøerg, *Gesch. des Protestantismus*, I, 183.

la familia, la escuela, todo queda demolido con un placer de destrucción incomprensible. De esto han salido, en consecuencia, todas las modernas teorías sobre la llamada moral libre, sobre el arte, la ciencia, la separación de la Iglesia y el Estado, la escuela confesional y no confesional. Creemos firmemente que, si muchos reformadores hubiesen vivido lo suficiente para ver el desarrollo que adquirieron después las cosas, las mirarían con esos ojos asombrados y amedrentados que jamás olvidarán los que han visto, en el *Juicio Final* de Cornelio, esa forma humana arrodillada ante el abismo, y sobre la cual tanto se discute para saber si representa ó no el viejo maestro de la poesía alemana. No hay consternación capaz de absolverlos de la falta de ser los autores de esos ataques contra la existencia del Cristianismo; el que abre las esclusas, es responsable de los estragos causados por las aguas.

**4. Formación del pensamiento fundamental de la Reforma.**—Según lo que acabamos de decir, se comprende sin dificultad cómo, en el seno del Protestantismo, se tocan los contrarios más opuestos, y pueden todos pasar, no obstante, como verdadero Protestantismo.

El Pietismo, el Supernaturalismo ortodoxo y el Racionalismo son ciertamente contrastes tales, que casi no es posible encontrarlos mayores; sin embargo, los tres son perfectamente protestantes. El término medio, la unión católica de lo sobrenatural con lo natural, no puede ser más que uno, como es completamente natural; pero una vez abandonado este punto central de la vida, pueden ocurrir desviaciones sinnúmero, pero semejantes todas, no obstante, en las que cada una de ellas es la negación de una verdad indivisible, ó, como se dice oficialmente, un protestantismo. Lo común á todas estas formas consiste en la negación del principio de que lo natural y lo sobrenatural pueden constituir una unidad, que, según el orden establecido regularmente por Dios, lo sobrenatural no manifiesta su eficacia más que por lo natural, y que lo natural debe convertirse en expresión sensible, en instrumento tangible de

la gracia, el medio por el cual el hombre puede cumplir sus obligaciones sobrenaturales relativas á Dios, y obtener de Él el auxilio indispensable de que tiene necesidad.

Que una tendencia rechace por completo lo sobrenatural, ó que lo admita otra, pero creyendo no poder maldecir suficientemente y pisotear la naturaleza, no cambia en manera alguna la cuestión. Imposible es imaginarse mayores contrastes en apariencia que esa hiperortodoxia, que mira como divinamente inspirado todo acento que encuentra en la Biblia, y el Racionalismo, que no ve más que un idilio en el relato bíblico de la caída original, y una parábola edificante, fantásticamente adornada, en el de la muerte de Cristo, declarando con Hermann que se ve precisado á rechazar con frialdad de corazón la doctrina de la preexistencia, es decir, de la eternidad de Cristo. Sin embargo, ambas tendencias tienen derecho á llamarse verdadero protestantismo. Si un protestante cree en una Iglesia invisible puramente espiritual, rechaza otra toda mediación de parte de la Iglesia, declarando que no tolera que un poder cualquiera se interponga entre él y Cristo. Si hace una diferencia entre la Iglesia y el Cristianismo, y otro entre el Cristianismo y la Iglesia de Dios, ambos tienen igualmente derecho á la existencia, porque una vez suprimida la unión entre lo sensible y lo espiritual, entre lo divino y lo humano, el materialismo más grosero tiene tantos derechos como el racionalismo más desmesurado ó el misticismo. El punto que permanece siempre común á todas estas tendencias, y que debemos considerar como su causa primera y su naturaleza, es la destrucción del lazo ínterno que Dios ha establecido entre lo natural y lo sobrenatural; de aquí que, á pesar de las más grandes diferencias, son verdaderos protestantes.

Para el cismático, todo católico es un pelagiano, porque pretende que la gracia de Dios no exime á nadie del deber de trabajar con todas sus fuerzas en su perfección, sosteniendo el cismático, por lo contrario, que el hombre es completamente incapaz de bien, y tan insensible como un trozo de

madera ó de piedra. Por su parte, el librepensador se mofa de nuestra confianza en la gracia y cree que las personas que en ella fían han renunciado á todo honor humano, y, por consiguiente, á toda consideración. El uno se burla de nosotros, porque nos hacemos tan fácil la obra de nuestra conversión por la fe en los méritos de Cristo y en el auxilio de la Iglesia y de los santos, en tanto que el otro encuentra que, con estas tentativas importunas, tan indignas de la soberana libertad del hombre, de satisfacer á la justicia divina con penitencias personales, limitamos el mérito de Cristo; pero nadie quiere admitir que, para absolver de su falta al pecador y hacerlo capaz de alcanzar su fin sobrenatural, que temerariamente ha rechazado, Dios y el hombre, lo natural y lo sobrenatural, deben obrar de concierto; todos protestan igualmente contra esto.

Ahora bien, no es más que una consecuencia necesaria y un justo castigo de su conducta, si el Cristianismo, la única religión verdadera, igualmente natural y sobrenatural, los ha atado de manos.

En muchos países protestantes, es casi imposible encontrar el Cristianismo, si uno no quiere tomar el nombre por la cosa. Semejante afirmación, que, por otra parte, emana de un protestante célebre, <sup>(1)</sup> apenará sin duda á muchas personas que obran siempre de conformidad con las mejores intenciones de su conciencia, en una situación tan difícil. Los predicadores del protestantismo moderno dicen con orgullo que hoy día los fundamentos del Cristianismo, la doctrina de los milagros, de la divinidad de Jesucristo, así como las inspiraciones de la Biblia, no significan nada, aun para aquellas personas que todavía respetan la religión y quieren permanecer cristianas; <sup>(2)</sup> y enseñan que Jesucristo fué únicamente hombre, <sup>(3)</sup> hijo carnal de José y de María, <sup>(4)</sup> y predicán que no hay ninguna verdad ni vi-

(1) Eilers, *Meine Wanderungen durch Leben*, II (apud Masaryk, *Selbstmord*, 194).

(2) Hossbach, *Die Ausgaben der Protestantenvereins*, 4.

(3) Schwalb, *Menschenverehrung und Menschenvergötterung*, 36.

(4) Schenkel, *Bibelles.*, III, 265.

da religiosa alguna, excepto la que la misma humanidad se forme. <sup>(1)</sup>

Fácil es comprender la importancia que Cristo y su obra pueden tener todavía en semejante caso. Según Rothe, toda la vida de Jesús no es más que producto de un organismo natural bueno y santo. <sup>(2)</sup> Schleiermacher afirma que no puede admitirse que Jesucristo se haya dado jamás como único mediador; <sup>(3)</sup> y que tampoco ha querido nunca hacer pasar las ideas y sentimientos religiosos que Él mismo podía comunicar por toda la extensión de la religión que debía salir de Él. <sup>(4)</sup>

¿Cómo puede todavía subsistir la fe en la divinidad de Jesucristo, en su dignidad de mediador, en su redención, cuando se encuentran semejantes aseveraciones en los tan festejados padres del protestantismo moderno, en los supuestos grandes reformadores clásicos de la teología protestante, <sup>(5)</sup> como así se llama á Rothe y Schleiermacher? Aun los doctores piadosos del Protestantismo no encuentran nada de extraño en la afirmación de que, en Jesucristo, estuvo tan cerca el mal del bien, que inmediatamente hubiera rebasado el límite, si la caridad hubiese sido algo menor en Él. <sup>(6)</sup> ¿Cómo es posible que miren todavía los pueblos á un Redentor semejante como modelo incomparable de toda perfección? ¿Exagerábamos mucho al decir más arriba que, en este terreno, es imposible una fe verdaderamente sobrenatural, particularmente la fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre? ¿Acaso se equivocan los que, desde este punto de vista, acaban por decir que la Biblia es Biblia por virtud propia, y no impide que otro libro sea igualmente Biblia, y que también es cristiano aquel que no reniega del principio de donde la religión se ha desarrollado en Cristo, haga de-

(1) Zeller, *Vorträge*, II, 8. Roskoff, *Naturvölker*, 179.

(2) Rothe, *Ethik*, (2) III, 137.

(3) Schleiermacher, *Reden über d. Rel.*, 5 R. (G. W. I, I, 432).

(4) *Ibid.*, I, I, 433.

(5) Schwarz, *Zur Gesch. der neuesten Theol.*, (3) 32, 406.

(6) Jul. Müller, *Die christliche Lehre von der Sünde*, (6) I, 78.

rivar su propia religión de Él mismo ó de otro? <sup>(1)</sup>

Apodérase de nosotros un sentimiento de dolor, semejante al que experimentamos cuando vemos que un padre desnaturalizado pone en la boca de su hijo hambriento una piedra en vez de un trozo de pan, cuando leemos estas frases forzadas, artificiales, que, en los libros de enseñanza ó de piedad del Protestantismo, ocultan, no se sabe si decir la fe ó la incredulidad. Cuando uno ve esto, verdaderamente podría creerse que la lengua únicamente tiene por misión negar el sentimiento ó la idea, ó por lo menos, embrollarlos, ya que nos parece á menudo que estos autores y predicadores creen que se puede decir lo que se quiera sobre la fe y la piedad, con tal que se falte á la naturalidad y á la sinceridad.

¿Hay un Redentor? ¿Hay una redención? ¿Hay una remisión de los pecados y un consuelo cierto en la muerte? Tales son las preguntas que se hacen millares de personas, mientras la conciencia de su falta, y el sentimiento de que no pueden salvarse á sí mismos, les quebrantan el corazón. Pues bien, he aquí la respuesta, según la fórmula del más alabado de todos los doctores protestantes modernos: «¡Oh, sí! Consolaos, vivid tranquilos, morid en paz; tenéis un Redentor, y este Redentor, no solamente es igual á todos los hombres, en virtud de la individualidad de la naturaleza humana, sino que difiere también de todos, por la energía constante de la conciencia divina que, en él, era, propiamente hablando, el ser de Dios.» <sup>(2)</sup> Entonces el moribundo podrá decirse: «Si la divinidad que hay en Él no significa otra cosa que sentirse presente, por manera más viva que yo, ante Dios, quizás haya sido esto para Él un consuelo, pero ciertamente no lo es para mí en estos críticos momentos. Así, pues, en vano he sido bautizado en Él, en vano he creído en Él. ¡No existe, pues, un Redentor!... Por lo menos, esto es lo que entien-

(1) Schleiermacher, *Reden über d. Rel.*, 5 R. (G. W. I, I, 433).

(2) Schleiermacher, *Der christl. Glaube*, § 94, (5) II, 40; § 96, 3, II, 56. *Reden über die Religion*, 5 Rede (G. W. I, I, 431 y sig.).

do por estas palabras vacías. Pero quizás su obra tenga más valor que su persona. Por consiguiente, que se me permita otra pregunta: ¿Hay una redención? ¿Qué utilidad me ofrece en esta angustia sin nombre?—«Está tranquilo—se le dice de nuevo—y muere consolado; hay una redención. El Redentor acoge á los creyentes en la energía de su conciencia divina, y tal es su actividad redentora.» <sup>(1)</sup>

¿Y para obtener este último consuelo ha luchado el pobre moribundo durante toda su vida, agobiado de dudas y sufrimientos? «Si puedes creer tan enérgicamente como Él, serás rescatado. Debes ser tu propio redentor, y así serás rescatado. Ayúdate, pues, á ti mismo, pues es el único y mejor auxilio que puedes encontrar.»

Y así, con estas palabras, envía el consolador, ante su juez eterno, al desgraciado que tanta necesidad de auxilio tiene en esta angustia suprema, y que carece de esperanza. Queremos esperar, y pedimos del fondo de nuestro corazón que sea Dios misericordioso con el pobre pecador, considerando la cruel decepción de que, en su buena fe, ha sido víctima durante toda su vida. ¡Cómo entonces caerán de sus ojos las escamas! ¡Cómo juzgará ese sistema que ha separado el cielo de la tierra, cuando haga el terrible viaje de aquí bajo á la eternidad?

Sí, aunque duras, no se apartan de la realidad las palabras que uno de los epigones de los reformadores, acérrimo liberal, por no decir impío, en otro tiempo predicador de la corte, consejero superior de consistorio, y más tarde superintendente general, pronunció, hace algunos años, sobre los últimos vestigios de la Reforma: «Las sombras de la noche huyen ya—dice—ante la aurora. Su fin ha llegado rápidamente. La causa consiste en que todo esto era hueco y vacío. En todas partes no vemos más que el caos y la arbitrariedad, exageraciones y destrucciones internas, el uno en lucha con el otro; el luteranismo con-

(1) Schleiermacher, *Christl. Gl.*, § 109, II, 94. Schwarz und Wassermann (apud Hettinger, *Krisis des Christenthums*, 48, 60 y sig.).